



Proyecto Ein Karem

Archidiócesis de Toledo

PIGMENTOS PRECIOSOS: LAPISLÁZULI

3.1.- TESTIGO DE LA RESURRECCIÓN (Jn 20,11-18)

“Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: <<Mujer, ¿por qué lloras?. Ella les contesta: <<Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto>>. Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: <<Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?>>. Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: <<Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré>>. Jesús le dice: <<¡María!>>. Ella se vuelve y le dice: <<¡Rabboni!>>, que significa: <<¡Maestro!>>. Jesús le dice: <<No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”>>. María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: <<He visto al Señor y ha dicho esto>>.”

1.- Statio. Preparación.

Lo primero de todo es disponernos para tener este encuentro con el Señor a través de su Palabra. Por lo tanto, es importante cuidar el lugar en el que vamos a tener nuestra reunión (si es la Iglesia, caeremos en la cuenta de que Jesucristo está verdaderamente presente en el Sagrario). Sugerimos la posibilidad de comenzar con un canto y, a continuación, traer en procesión la Biblia o abrirla con veneración, poniéndola en un lugar destacado. Después, rezar con devoción la invocación al Espíritu Santo:

Ven, Espíritu Santo,

llena los corazones de tus fieles,

y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Envía, Señor, tu Espíritu

y renueva la faz de la tierra.

Oh Dios,

que has iluminado los corazones de tus hijos

con la luz del Espíritu Santo;

haznos dóciles a sus inspiraciones

para gustar siempre el bien

y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

En este momento se puede encender una vela y ponerla al lado de la Palabra de Dios.

2.- Lectio. ¿Qué dice el texto?

Comenzamos un nuevo mes, acompañadas de una nueva temática, en la que vamos a profundizar durante los próximos meses, y es consecuencia de las tratadas en meses anteriores. Sólo cuando nos hemos sabido creadas por amor, para amar y ser amadas, hemos entendido la grandeza de la salvación de Dios. Ahora, se nos plantea un nuevo reto, ser testigos de lo que hemos ido descubriendo que Dios ha

hecho en nuestra vida.

El texto de este mes, se adelanta un poco al ritmo litúrgico, pues se sitúa en la mañana del Domingo de Resurrección. Sin embargo, es ideal para ahondar en esta temática ¿Por qué? Porque en él se ve de modo preciosísimo el amor de Dios y la fuerza de su redención. En el texto María Magdalena aparece como testigo, sin embargo, su testimonio no es uniforme sino que progresa en la medida en que crece su conocimiento de Cristo, en cuanto que se sabe amada y se reconoce salvada. Al inicio su testimonio versa sobre un hecho: el sepulcro vacío (v.2), después su anuncio adquirirá una fuerza mayor, porque ya no ha visto solo algo, sino a Alguien, y este la conoce y la ama: Cristo resucitado (v.18).

Como cada mes, muchos son los matices que se derivan de una lectura atenta del mismo. Para ello, resulta siempre de gran ayuda descubrir el orden interno del relato, es decir, su estructura. El evangelio de san Juan es peculiar en este sentido, pues muchas veces juega con un doble nivel de significado. Este es el caso, en mi opinión, de la estructura de nuestro texto. Por una parte, ante una mirada externa, se aprecian claramente tres momentos distintos en el desarrollo de la escena: en primer lugar se describe el encuentro y diálogo con los ángeles (vv.11-13); en segundo lugar se narra el encuentro y diálogo con Cristo (vv.14-17); y finalmente concluye con el testimonio pascual de la Magdalena (v.18). Sin embargo, por otra parte, si nos asomamos al interior de la protagonista, estos tres momentos se convierten en reflejo de las tres fases del camino espiritual de María, tal y como se deduce del uso de los participios. Inicialmente esta mujer aparece “llorando” (v.11) y por tanto triste; en un segundo momento se encuentra con Jesús. En esta escena central del relato hay una progresión, pues se pasa de los propios pensamientos (v.14), y por tanto de mirarse a uno mismo, al mirar a Cristo “volviéndose hacia Él” (v.16); por último el encuentro pascual la convierte en evangelizadora, pues se va “anunciando a los discípulos” (v.18). Veamos más en detalle cada una de las escenas, y muy especialmente este camino de María.

La primera escena (vv.11-13) comienza ubicándonos en un lugar bien preciso, “el sepulcro”, y nos presenta a la protagonista del relato, “María”, que está llorando fuera del sepulcro. Este relato es por tanto continuación de lo narrado en los primeros versículos de este capítulo, pues en los vv.1-2 se describía a María en el sepulcro de madrugada, y cómo al ver la piedra movida, corre a decírselo a los apóstoles. Tras la escena en la que Pedro y el discípulo amado van al sepulcro, la atención vuelve sobre María Magdalena que llora fuera. Estos dos datos no son

casuales, pues el “fuera” indica que María aún no ha entrado en el misterio de la tumba vacía a diferencia de Pedro y Juan (vv.6 y 8). Más importante aún es el llanto, pues este tema es el centro de la escena. El motivo del llanto es la ausencia radical de Cristo, que no sólo ha muerto, sino que ha desaparecido. Sin embargo, el llanto por la ausencia de Jesús, como dijo Él mismo se tornará alegría (cfr. 16,20). La tristeza marca el estado de María, por eso los ángeles intervienen, se preocupan por ella preguntándole: “¿por qué lloras?”. Sin embargo, esta pregunta no la saca de su dolor, porque sigue buscando el cadáver de Jesús. María responde, y lo hace de modo casi literal al anuncio a los discípulos del v.2, aunque con dos diferencias: en primer lugar ya no habla del “Señor”, sino de “su Señor”; y en segundo lugar, ya no usa el plural “no sabemos”, sino el singular “no sé”. Estos dos pequeños cambios ponen de manifiesto que su relación con Cristo es una cuestión personal, vital, que la toca de lleno. La primera escena nos deja, por tanto, ante el drama personal de la Magdalena.

Ante este dolor personal aparece un nuevo personaje que da inicio a la segunda escena: Cristo (vv.14-17). En ella, tras una breve descripción, el nuevo personaje entra en diálogo con María, aunque esta no lo reconoce. Sin embargo al escuchar su nombre se le abren los ojos, y su perspectiva cambia, se gira hacia Él y se abalanza a sus pies. En este momento se dan unos mandatos por parte del Resucitado, que le indican su misión. Muchos detalles podríamos comentar, aunque preferimos dejarlo al Espíritu Santo que lo hace siempre de un modo más profundo y personal. Por ello sólo me detendré en tres elementos: las dos preguntas iniciales de Jesús (v.15), el uso del verbo “volverse” (vv.14 y 16) y los mandatos de Cristo (v.17).

En primer lugar, se percibe con facilidad que la pregunta de Jesús y la de los ángeles es exactamente la misma: “¿por qué lloras?”, sin embargo, Jesús añade una segunda pregunta: “¿A quién buscas?”. Esta pregunta nos introduce en la cuestión discipular, pues conecta con el inicio del evangelio, con la llamada de los primeros discípulos (1,38a), quienes responden con otra pregunta “¿dónde moras?”. De igual modo María recibe esta pregunta de parte de Jesús, la Palabra que interroga y suscita interrogantes, y también ella se cuestiona por el dónde: “dime donde lo has puesto” (20,15b). Esta pregunta de Jesús va dirigida al deseo de plenitud inscrito en nuestro corazón, un deseo que aspira a la estabilidad, por eso, tanto los primeros discípulos como María preguntan por el dónde; sólo en la relación estable con Cristo se sacia este deseo. No sólo buscan a Jesús, buscan estar con Él, junto a Él.

En segundo lugar, notamos cómo María se vuelve por dos veces (vv.14 y 16). La primera vez es sin duda un movimiento físico, pues está mirando al sepulcro y se gira hacia atrás. Pero, ¿la segunda vez? ¿da la espalda a Cristo para decirle “Rabbuni”? Este doble sentido del verbo volverse es sin duda uno de los recursos preferidos de Juan. Mientras que el primer uso del verbo tiene un sentido unívoco, el segundo uso adquiere al mismo tiempo varios significados, que concluyen en el reconocimiento del Resucitado. Por una parte, si lo consideramos en sentido físico, indicaría que sólo al contemplar los signos de la pasión (sudario, vendas y sepulcro) uno se capacita para la Resurrección, como le sucede también a Tomás, que sólo al ver las llagas reconoce a Jesús como su Dios y Señor (cfr. 20,27-28). Por otra parte, si lo leemos en clave espiritual, nos encontramos ante la conversión de María; en este momento pasa de ver y pensar las cosas desde sí misma, a mirar a Cristo y entenderlas desde Él. Sin embargo, el detonante de este reconocimiento que conlleva este cambio de mentalidad, viene propiciado por un momento previo, un momento de escucha, a saber, cuando María escucha su nombre. Porque María es reconocida en su verdadera identidad, puede ella reconocer a Cristo. Nadie mejor que Él nos conoce, porque somos suyos (cfr. 10,3-4.27).

En tercer lugar, una palabras sobre los mandatos de Jesús. En las palabras de Jesús en el v.17 podemos distinguir 4 elementos: una prohibición “no me toques”; una justificación “pues aún no he subido al Padre”; una misión “ve a mis hermanos y diles”; y finalmente el contenido del mensaje que la encomienda. Comentemos algunos detalles del tercer elemento. En primer lugar, vemos como el encuentro con Cristo, que transforma su tristeza en alegría, va acompañado de una misión “ve y diles”. En segundo lugar, ya no se habla de discípulos, sino de “hermanos”, porque la elevación de Cristo conlleva una transformación de la relación con Él. Por último, todo termina donde comenzó en el Padre, donde también tú estás llamada a permanecer.

Por último, la tercera escena, aunque es breve goza de gran profundidad. María se convierte en la anunciadora de la resurrección. Del verbo “anunciar” en griego deriva el sustantivo “ángel”. ¡Qué bonito ver a María convertida en ángel para sus hermanos! Así como los ángeles tratan de transformar su tristeza, ahora ella recibe esta misión. Sin embargo lo que más llama la atención es la incongruencia de mezclar el estilo directo “he visto al Señor” y el indirecto “y le dijo esto”. Esta incongruencia centra nuestra atención en el testimonio directo de María, que ha visto al Señor. Además esta expresión “he visto” goza de una gran profundidad teológica y espiritual. Teológica, porque es la expresión típica para designar la

veracidad del testigo (cfr. Jn 19,35 y 1Cor 9,1). Espiritual, porque el tiempo verbal empleado es el perfecto, que indica una acción sucedida en el pasado, pero cuyos efectos continúan en el presente. Que María afirme: “he visto al Señor”, quiere decir que ha visto al Señor y permanece bajo el efecto de esa mirada, es decir, que esto ha quedado fijado en su retina, y ya sólo puede ver el mundo desde la óptica de la resurrección.

3.- Meditatio ¿Qué me dice el texto?

María Magdalena ha pasado a la historia como la primera testigo de la Resurrección. Sin embargo, hasta llegar a este momento María recorre un verdadero y personal camino espiritual. Al inicio del relato la encontramos fuera, no es capaz de entrar dentro ¿y yo? ¿Afronto las situaciones difíciles y dolorosas desde dentro o me quedo fuera como si no fueran conmigo? La preocupación de los ángeles por la Magdalena nos permite conocer que su tristeza es una cuestión personal, porque refleja su relación con el Señor, o más bien, su ausencia. ¿Es vital para mí la relación con Cristo? ¿Busco estar con Él? ¿Cómo vivo sus ausencias?

En la segunda escena Cristo viene a paliar el dolor de María, que encerrada en sí misma no lo reconoce; aunque al escuchar su nombre todo cambia. La relación de Jesús con María es íntima y personal ¿cómo es mi relación con Cristo? ¿Me siento como una extraña ante Él o me sé conocida en profundidad? María cambia su sufrimiento en alegría, pues aprende a ver en los signos de la Pasión, la victoria de la Resurrección ¿vivo con esperanza mis cruces sabiendo que Cristo las puede transformar en victoria gloriosa, como su Pasión y Muerte en Resurrección? María cambia su modo de ver las cosas, sale de sí misma y se abalanza a los pies de Cristo ¿veo las cosas desde Cristo o desde mí? ¿Qué diferencias aprecio entre ambas visiones? ¿Qué obstáculos encuentro para dejar de mirarme y mirarle solo a Él?

Finalmente, María recibe una preciosa misión del Señor resucitado: ser anunciadora, ser ángel. Y yo, ¿soy un ángel para los demás? ¿Anuncio con esperanza la fuerza de la Resurrección? La Magdalena es testigo porque ha visto al Señor. Y tú, ¿has visto al Señor en algún momento de tu vida? ¿Permanece aún esa imagen, sentimiento, convicción grabada en tu retina? ¿Ves tu vida desde ese encuentro?

4.- Oratio ¿Qué le digo a Dios?

En este momento, haz silencio en tu corazón, para que después de haber leído el texto de la Palabra de Dios detenidamente y de haber saboreado la meditación, tengas un diálogo amoroso con el Dios enamorado de ti. Ponte en su presencia, contempla su mirada hacia ti. El Señor te ama con Misericordia, te perdona, te renueva, te acoge incondicionalmente, con tus cualidades y también con tus defectos y debilidades. Disfruta de su Amor verdadero que te envuelve en su Ternura y siempre te concede la posibilidad de volver a empezar.

5.- *Contemplatio (Actio) ¿Qué voy a hacer?*

Para llevar a cabo estos pasos de la lectio divina, sugerimos que si la primera parte de nuestro encuentro ha tenido lugar en una Iglesia, sugerimos pasar a una sala. En caso de que estemos en una casa, continuamos en el mismo lugar.

La collatio consiste en compartir lo que hemos recibido del Señor. Como diría Santo Domingo de Guzmán: “contemplata aliis tradere”: dar a los demás lo que hemos contemplado. Quizás pueda ayudar, ir planteando las siguientes preguntas, que han sido presentadas en el texto de la meditatio y que cada una vaya respondiendo, con libertad.

A. ¿Confío en mis solas fuerzas para obtener la salvación? ¿Pienso que con mis solas prácticas de piedad o conocimientos puedo alcanzar la santidad? ¿Acudo con confianza a Jesús en mis sufrimientos e imperfecciones en la oración, los sacramentos, etc?

B. ¿He pensado alguna vez en la salvación de Cristo con esta amplitud? ¿Me sé necesitada de la ayuda de Dios? ¿Confío en Jesús, sabiendo que no se le escapa nada de mi vida, ni el más insignificante detalle?

C. ¿Acudo a Jesús cuando me veo incapaz de dar vida y no sólo en sentido físico, sino sobre todo a nivel espiritual? ¿Acepto mi debilidad como ocasión para tocar y dejarme tocar por Cristo?

La actio consiste en proponer algún compromiso a la luz de lo que el Señor nos ha mostrado a través de su Palabra. Puede ser un compromiso que se pone todo el grupo, o un compromiso individual, que se puede formular en alto o no.

6.- *Recreatio*

Como conclusión de la reunión, os proponemos que tengáis un rato de ocio juntas.

